

ESPAÑA TRÁGICA ENTRE LA ENSOÑACIÓN Y EL DESENGAÑO

Elena de Paz de Castro

Università degli Studi di Torino

https://doi.org/10.33676/EMUI_nomads.61.06

El hombre es una nube de la que el sueño es viento.

¿Quién podrá al pensamiento separarlo del sueño?

Luis Cernuda, «Lamento y esperanza»

Cuando Benito Pérez Galdós escribe *España trágica* (segundo episodio de la serie final) entre septiembre de 1908 y marzo de 1909, es un escritor consagrado de sesenta y cinco años de edad, académico y diputado republicano, que rememora los lejanos sucesos de 1870 —más lejanos si cabe por la intensidad de lo vivido y escrito que por la estricta cronología—. 1870 fue el año en que Galdós, que ya no era el principiante llegado a la capital a comienzos de los sesenta, dio a la imprenta *La Fontana de Oro*, su primera novela. Intoxicado, como Vicente Halconero, de lecturas y de realidad, el joven Galdós iba registrando todo en su memoria (y en 1870, en España y en Europa, había mucho que registrar). Cuarenta años después esa experiencia, pasada por el tamiz de otras posteriores, aflora en un relato que supone en su obra el punto de inflexión hacia la ruptura del modelo realista, rasgo distintivo que *España trágica* comparte con otra novela concebida también en 1909, *El caballero encantado*, y que le da entidad propia en el conjunto de los *Episodios nacionales*. Se diría que el escritor no se atreve aún a dar el salto en caída libre hacia la fantasía: Vicente Halconero todavía no es Tito Liviano, aunque la presencia de Clío, que va más allá de la pura apelación a la mitología, y las ensoñaciones de Segismundo García Fajardo parecen anticipar un nuevo modo narrativo.

De 1870 a 1909 —en rigor, de 1868 a 1909— Galdós ha visto, como sus contemporáneos, muchas cosas. Solo de los avatares del sexenio revolucionario, la síntesis de José Luis Comellas resulta insuperable¹.

¹ «Los seis años y tres meses que transcurren entre septiembre de 1868 y diciembre de 1874 son sin duda alguna los que encierran los lances más variados de la Edad Contemporánea en España. En este lapso se suceden una revolución, un destronamiento, un régimen provisional, una regencia, una monarquía democrática, una abdicación, una república unitaria, una república federal, una insurrección en

Tiñéndose de sangre todos los vaivenes políticos imaginables sin olvidar la vertida en las guerras carlistas y de ultramar, Galdós ha visto la insensata inmolación de don Enrique de Borbón y la no menos absurda inhabilitación de Montpensier a la candidatura regia, el magnicidio de Prim y también el de Cánovas (1897), aunque no todavía el de Canalejas, asesinado en 1912. Alfonso XII ha fallecido en 1885; Sagasta, en 1903. Si la virtud del sistema canovista había sido la estabilidad política, a la altura de marzo de 1909 ya no puede afirmarse tal cosa: los gobiernos se suceden a ritmo de vértigo; los partidos del sistema se han ido vaciando por completo de ideología; sus acciones no responden a un programa definido. Desaparecidos los líderes históricos que daban cohesión, los nuevos dirigentes, salvo alguna excepción, no cuentan con el apoyo de sus propios correligionarios. En apenas unos meses, tras los sucesos de la Semana Trágica y la ejecución de Francisco Ferrer Guardia, Maura mismo se convierte en un cadáver político. Materia sobrada para que la reflexión del novelista acerca del problema esencial expuesto en *España trágica* —la cuestión de la forma del Estado— haya sido profunda y sostenida.

¿Cómo integrar ese cúmulo de vivencias y pensamientos en el cuerpo de una novela? ¿Cuál es el poso de la decantación galdosiana? A nuestro entender, una creciente pesadumbre impregnada de ironía ante la constatación de que a España de nada le han servido ni revoluciones ni héroes. El marasmo ha viciado la vida nacional y de la historia pasada poco se ha aprendido. Galdós lo declara tajante en septiembre de 1908 con motivo del aniversario de la *Gloriosa*:

Bien puede decirse que los ocho lustros recorridos desde aquel año inolvidable han sido en nuestra historia una somnolencia de ilusiones y desengaños, atormentada por violentos cambios de postura, al cabo de los cuales despertamos doloridos y absortos, y mirando en derredor clamamos: "Todo está igual, y en muchas cosas, peor que estábamos"².

Y más adelante advierte: «[...] necesitamos varones menos benignos que los de aquel frustrado movimiento, más enconados en su querella contra el ultramontanismo, más irreductibles en sus convicciones...»³. De ahí que, cuando en ese mismo mes de septiembre don Benito emprenda la escritura de *España trágica* para recrear los sucesos de 1870, opte por la figura algo apagada, aunque sin duda representativa, del joven burgués Vicente Halconero, que se deja interpretar menos como especie de *alter*

Cuba, dos guerras civiles distintas y simultáneas en la Península, un golpe de estado, otro régimen provisional, un nuevo intento de regencia, y finalmente una restauración de la monarquía derribada en un principio. Todo ello, no lo olvidemos, en el plazo de seis años» (José Luis Comellas, «El sexenio revolucionario (1868-1874)», ap. *Historia de España contemporánea*, Madrid, Ediciones Rialp, 1995, p. 221).

² «Carta de don Benito Pérez Galdós», *El Cantábrico*, 28 de septiembre de 1908, p. 1. Esta carta fue leída por José Estrañi en la manifestación que tuvo lugar en Santander para conmemorar el cuadragésimo aniversario de la revolución de 1868.

³ *Ibidem*.

ego galdosiano que como producto de una acumulación de experiencias gracias a las que el novelista ha adquirido muy distinta percepción de la historia. Casaldüero sintetizó con acierto ese proceso: «El Galdós joven iba a la historia en busca de experiencia; el Galdós viejo con su experiencia encuentra el significado de la Historia. Antes, hacía depender el presente del pasado; de manera positivista se consideraba el presente como efecto del pasado, la causa; ahora, ve cómo todo el pasado se organiza e interpreta desde el presente»⁴. Vicente Halconero posee, desde este punto de vista, un valor autobiográfico no solo por lo que hay en él del Galdós del año 70, sino sobre todo porque el Galdós de edad avanzada, decepcionado y pesimista, que redacta el episodio, forja al protagonista de *España trágica* desde unas claves de lectura de la historia refrendadas por la amplitud de su perspectiva y la mayor lucidez de su reflexión.

De Vicente Halconero, cuya filiación conoce ya el lector de los *Episodios nacionales*, no importan tanto los rasgos físicos (la belleza viril de su rostro, la endeblez bien disimulada en su elegancia natural, la byroniana cojera que parece conferirle cierta prestancia) como los ideológicos. Galdós señala como rasgo fundamental que Vicente sea producto espiritual de la revolución de 1868, o lo que viene a ser lo mismo, que sea un personaje incompleto, «nacido a media vida» y formado también a medias: digno miembro de una joven generación destinada a tomar el relevo político, pero en la que ni las inteligencias ni las voluntades han alcanzado una maduración plena. Más que la debilidad física, que bien puede simbolizar, como sugiriera en su día Montesinos, incapacidad para la acción en el plano político⁵, destaca la inconsistencia ideológica del personaje, la cual convive con una sólida instrucción libresca: Halconero es un joven culto, un «ilustrado» a cuya voracidad lectora se alude en varias ocasiones a lo largo de la novela. Gracias a esas lecturas ha adquirido las pautas de conducta que se empeñará en aplicar, no sin buena dosis de ingenuidad, a determinadas circunstancias de su vida⁶. Halconero pertenece a una clase social que en verdad confía muy poco en la soberanía de un pueblo ignorante y peligroso, «entusiasta de ideales antes adorados que comprendidos», fácil víctima de la demagogia o del fanatismo, e intelectualmente incapacitado para tomar las riendas del país. Los merodeos de Halconero en ambientes de «candoroso fervor revolucionario» como el concurrido club federal de la calle de la Yedra, y la simpatía por personajes cuyo comportamiento sí es coherente con la militancia en la defensa «de la libertad, el federalismo y los derechos del

⁴ Joaquín Casaldüero, *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Buenos Aires, Losada, 1943, pp. 165-166.

⁵ José F. Montesinos, *Galdós*, Madrid, Castalia, 1980, t. III, p. 293.

⁶ Harto significativo en este sentido es el último episodio de la cuarta serie, *La de los tristes destinos*, donde Galdós contrapone la historia «humanesca» frente a la «libresca» en los personajes de Santiago Ibero (hijo) y Vicente Halconero respectivamente. A esta oposición se refiere también el personaje de Segismundo en el capítulo XXII de *España trágica*.

pueblo» —como es el caso del «sugestionador de multitudes» Carbonerín—, no llegan nunca a salvar algunas distancias, debidas no solo al carácter pusilánime del protagonista, sino también a la conciencia de una sustancial diferencia:

Con este tipo revolucionario simpatizaba grandemente Halconero, no porque se le pareciese, sino por todo lo contrario. Radicalmente se diferenciaban en alma y cuerpo, en modales y costumbres. El hijo de Lucila era rico en cultura, pobrísimo de acción; Felipe Fernández, el Carbonerín, tenía todo su ser polarizado en la voluntad, sin que le quedara espacio para el estudio... (*España trágica*, V, 897)⁷.

Galdós resalta con ironía que «nadie superaba al joven Halconero en lo radical de las ideas», si bien la vigilancia materna sofrena con habilidad esos ímpetus puramente abstractos, impidiendo a su hijo «descoserse de sus faldas protectoras»; de donde Vicente resulta, en la poco piadosa definición galdosiana, «un revolucionario teórico y faldero». Su madre, Lucila, antaño hermosa mujer y ahora señora entrada en años y en carnes, se convertirá en la principal responsable del destino político de Vicente, quien lo acepta gustoso, aun siendo consciente de que ni es hombre de acción ni, pese a su inicial entusiasmo por la revolución, se siente especialmente atraído por las reivindicaciones populares.

Como tantos miembros de su clase, Halconero no puede combatir en nombre de un cambio total en la sociedad española, por la simple razón de que nada interesaban tales mutaciones a una burguesía que allá por 1870 se sentía más bien alarmada ante los desórdenes generados en las capas más bajas y propagados por hábiles manipuladores de la simpleza ideológica del pueblo llano. La revolución del 68, de raíz burguesa, había sofocado, en realidad, tentativas revolucionarias de mayor calibre, y no era sino aquella burguesía el estamento que se consolidaba como fuerza política de carácter conservador. Por su cultura y su posición, Halconero se sabe perteneciente al sector de la sociedad española que muy pronto será llamado a dirigir los destinos del país:

[...] pienso que nuestra clase, la suya y la mía, estas familias medianamente ilustres, medianamente ricas, medianamente aderezadas de cultura y de educación, serán las directoras de la humanidad en los años que siguen. Este último tercio del siglo XIX es el tiempo de esta clase nuestra, balancín entre la democracia y el antiguo régimen, eslabón que encadena pobres con ricos, nobles con villanos, y creyentes con incrédulos... (*España trágica*, XXVI, 974).

Vicente Halconero es la última figura central de los *Episodios nacionales* ajustada a los parámetros realistas. En *Amadeo I* le sucederá el proteico Tito Liviano, protagonista *ad hoc* para las cuatro novelas finales de la

⁷ Citamos por el tercer tomo de los *Episodios nacionales* de las *Obras completas de Don Benito Pérez Galdós*, al cuidado de Federico Carlos Sainz de Robles (Madrid, M. Aguilar, 1941).

quinta serie, escritas ya en clave fantástica⁸. Como advierte Montesinos, esta serie se distingue de las demás, aunque también dentro de ella hay una ruptura: precisamente porque el escritor cambia de criterios y de técnica narrativa, los cuatro últimos episodios compondrían un grupo aparte⁹. Estos se construyen en torno a la contraposición de lo onírico y lo real, pero compartimos la opinión de Ricardo Gullón de que «Galdós se esfuerza en superar el realismo sin desatender a la realidad»¹⁰.

Durante la redacción de *Amadeo I*, un Galdós siempre alerta e inconformista confía a Teodosia Gandarias que está buscando «nuevas formas de narración para evitar la monotonía» y califica la obra de «extravagante y rara»¹¹. Acuciado por la responsabilidad que dice sentir cada día mayor, su afán lo conducirá no solo a conjurar la monotonía, sino también a lograr una fórmula, un tanto atrevida, para exponer con más eficacia lo acaecido en esos años turbulentos de los que él ya fue testigo. Años de «somnolencia de ilusiones y desengaños» que van a acomodarse mejor a un relato de hechura fantástica, salpicado de alegorías y quimeras, de muchas ensoñaciones. Aunque no se aprecian en el personaje de Halconero elementos de una aproximación al vuelco definitivo que se producirá en *Amadeo I*, sí encontramos ya en *España trágica* una suerte de tanteos del escritor en ese nuevo modelo narrativo. Hay en *España trágica* una cierta noción de irrealidad —de trazo muy tenue—, encarnada por antonomasia en el inolvidable Segismundo García Fajardo, el ilustrado harapiento de los arrabales madrileños. Risueño y pobre como el Manzanares mismo, brutal a ratos y un héroe más de la novela tras su disfraz de personaje secundario, posee Segismundo la grandeza de creaciones indelebles galdosianas de aparente segundo orden como Mauricia la Dura o don Patricio Sarmiento. Segismundo García Fajardo, sobrino del marqués de Beramendi y «ubicuo parroquiano de todos los cafés de Madrid», es un

⁸ A propósito de Tito Liviano, señala Stephen Gilman: «The Fifth Series, then, is a fictionalized version of the memoirs Galdós was not self-centred enough to write in detail or perhaps felt would be too painfully revealing for direct expression. That the latter supposition may be so is indicated by the fact that, after the devastating account of the assassination of Prim in *España trágica*, he felt the necessity of removing himself from events by turning over the narrative to a grotesquely "hybrid" alter ego» («The Fifth Series of *Episodios nacionales: Memories of Remembering*», *Bulletin of Hispanic Studies*, LXIII, 1986, p. 47).

⁹ Montesinos lo expone de manera certera: «Los episodios van a ser ahora menos una dolorosa exploración que un ardoroso, áspero alegato, diatriba contra los que no han sabido cumplir su deber histórico, o contra los que han asumido el mando para hundir más en la charca a la nación. Esa requisitoria, exposición apasionada, discurso enardecido, mordaz sátira, profecía de un lejano futuro que traiga el correctivo y la venganza, se parece en ocasiones muy poco a la melancólica, pero esperanzada narración histórico-novelasca de unos años antes» (Montesinos, *op. cit.*, t. III, p. 245).

¹⁰ Ricardo Gullón, *Galdós, novelista moderno*, Madrid, Gredos, 1966, p. 237.

¹¹ Carta a Teodosia Gandarias, fechada en Santander el 12 de septiembre de 1910, *ap. Sebastián de la Nuez Caballero, El último gran amor de Galdós. Cartas a Teodosia Gandarias desde Santander (1907-1915)*, Ediciones de Librería Estvdio, Santander, 1993, p. 217.

amigo por quien Halconero siente gran predilección¹². A Vicente le atraen su facilidad de palabra, la agudeza de su ingenio; escucha siempre con atención sus parlamentos entreverados de seriedad y picaresca, y acepta sin mayor reparo la inconsecuencia ideológica (de la Unión Liberal Segismundo pasó a las filas del carlismo y de ahí a las republicanas, con inciso de furibundo federalismo, para decantarse finalmente por los sectores monárquicos conservadores), considerándola un aspecto circunstancial de su temperamento o acaso un signo de los tiempos¹³. A fin de cuentas, Segismundo es el primero en hallar justificación a sus propias incongruencias en los momentos de confusión por que atraviesa el país. El general estado de desorden social lo reflejan su comportamiento y sus volátiles convicciones, que él mismo se empeña en manifestar de manera provocativa:

[...] yo me tengo por hijo de una edad revuelta, y en este año 70, que es para mí la plenitud de los tiempos locos, me declaro ciudadano de la sinrazón, y no haré nada que sea razonable, según vuestra idea de la razón... Ya se verá lo que sale de esto (*España trágica*, XVII, 939).

Pero el de Segismundo es desorden sin extravío, una muy cuerda locura: bajo el aspecto de la bufonada no suele haber en sus argumentos capricho o sinrazón, sino bien medidas razones de una crítica política tan radical como incisiva y fundamentada. Esa capacidad de ver con paradójica lucidez más allá de la apariencia, del lugar común y la idea admitida, es lo que le permitirá, en definitiva, constituirse en lazarillo de Vicente por los humildes paisajes de la vida española. Los discursos enardecidos de Segismundo hacen meditar profundamente a Halconero, quien se confirma en su convicción de que el mal que afecta al pueblo español es la pérdida de la razón, y que esta trae fatales consecuencias: «[...] loco estaba el patriotismo, loca perdida la libertad, y el año venía con una sarta de locuras trágicas engarzadas una en otra, como cuentas de rosario» (*España trágica*, XXII, 958).

Desde su atalaya polvorienta y solitaria, a menudo Segismundo filosofa ensoñador sobre la razón del pueblo, puesto que es en este donde se mantiene «pura en sus entrañas bárbaras la fundamental idea de patria y libertad» (*España trágica*, XXI, 956), mientras que los hombres públicos que rigen los destinos del pueblo, «hombres artificiales», ansiosos todos de medro personal y ahogados en la vacuidad de su retórica, sufren de

¹² Enrique Bravo, compañero de andanzas de Vicente y Segismundo, hace de este último una breve pero enérgica semblanza: «[...] es un amigo a quien queremos mucho, perdonándole sus extravagancias, su vivir de *bohémio* en contacto con la ínfima plebe. Es hombre de talento extraordinario, nutrido por copiosas lecturas; pero en él distinguimos el hervor paradójico, la brillantez retórica y el flujo de originalidad, del sentido moral y de la rectitud del corazón» (*España trágica*, XXVII, 979).

¹³ El resello era práctica habitual por aquel entonces y Galdós, mordaz, no librará a ninguno de los tres amigos de incurrir en él, pues el propio Vicente milita más tarde en las filas de Sagasta y Enrique Bravo de vehemente federalista pasa a ser monárquico partidario de la llegada de don Amadeo.

empecinada ceguera ante la situación del país. La perspicacia de Segismundo —que llegará a vaticinar la trágica muerte de Prim, víctima del sacrificio que exige el desarrollo natural de la «epopeya hispana del siglo XIX»— deriva de su voluntad de aproximarse a la vida a través del contacto con el pueblo, un pueblo real o imaginado. «Yo fui *libresco*; pero hace tiempo que me volví *humanesco*; he pulsado la vida, y mis libros son el pueblo» (*España trágica*, XXI, 957), le dice en cierta ocasión a un Vicente demasiado apegado a su experiencia literaria y teórica del mundo, e incapaz de liberarse de sus prejuicios culturales. Y ante las consideraciones del amigo sobre la eficacia de las exaltadas masas populares, Halconero —el Halconero secretamente anhelante de una hispánica salvación por la dictadura— no sabrá oponer más argumento que el fragilísimo de la necesidad de un «pastor inteligente», amparado en el no menos endeble axioma de que «Esto nos lo dice el sentido común... y la literatura» (*España trágica*, XXI, 957).

Las figuras principales de los *Episodios nacionales* encarnan por lo común importantes valores simbólicos, y tal lastre ideológico, que de una parte los enriquece al convertirlos en figuras tipo, representativas de determinados grupos sociales, de otra los simplifica y los acota, restándoles versatilidad como tales personajes. No es fácil discernir cuánto hay en ellos de recreación novelesca de las vivencias de su autor y qué proporción puede o debe atribuirse a la elaboración de la figura literaria a partir de una asimilación de elementos históricos, políticos y sociales que Galdós ha podido estimar relevantes para su caracterización. Ya advirtió Casaldueiro que no es fácil ahondar en la psicología de los personajes galdosianos, y particularmente en los de los *Episodios*, al estar supeditada a las meras necesidades dramáticas de cada novela y expuesta por completo en las manifestaciones externas de sus protagonistas: «No penetramos en el alma de los personajes, porque es un poco inútil. Tienen su alma tan a flor de piel, tan en los labios; expresa su exterior con tal exactitud lo que sienten y lo que piensan, que si ahondáramos en ellas no encontraríamos nada, tan totalmente en gestos, miradas, silencios y palabras se vierte su corazón»¹⁴. Limitación inevitable de unos personajes que no tienen espacio suficiente para su propio desarrollo en un contexto de ficción que, en realidad, tampoco lo precisa. Puede afirmarse que solo un protagonista en los *Episodios* se ve sometido al más atento de los análisis y escrutado hasta en sus mínimos matices, y este es, obviamente, la historia reciente de España. Historia que a veces adquirirá entidad como sujeto novelesco al materializarse en figura perceptible para los demás personajes.

A esa Historia, «narradora de los grandes hechos humanos» alude Galdós en *España trágica* llamándola «trompetera Clío», «madama Clío», «severa Clío», «sabia matrona» (*matrona* que anticipa al personaje de la Madre en *El caballero encantado*). Testigo mudo de sí misma, su apariencia

¹⁴ Casaldueiro, *op. cit.*, p. 82.

anuncia ya la importancia de los acontecimientos que los personajes están por presenciar. Como el propio Halconero observa: «El toque está en que madama Clío se ponga el coturno de dorados tacones, o las chinelas de orillo, en que traiga el *peplum* o una bata de tartán a cuadros blancos y negros» (*España trágica*, VIII, 908). Aunque la presencia de Clío no compromete la verosimilitud de la trama de *España trágica* y no tiene por qué suponer una irregularidad desde la perspectiva de la ortodoxia realista, sí puede constituir otro atisbo de la apertura galdosiana a la novela fantástica. Clío es, de algún modo, figura novelesca, y por más que en el plano narrativo esa presencia pueda entenderse como mera alusión simbólica inserta en el discurso, no cabe duda de que Galdós deja espacio a una cierta ambigüedad que hace tentadora la interpretación de Clío como elemento de tránsito hacia una nueva forma de expresión. En ese sentido, resulta paradigmática la escena en que la Historia preside «espiritualmente» (el adverbio no es gratuito) una reunión de Vicente y Segismundo:

En el momento en que Halconero esto leía, la Historia, que con los dos amigos había entrado invisible en la tasca indecente, se dejó ver... quiero decir, que espiritualmente hubo de presidir la reunión, y entre los dos jóvenes tomó asiento, sin mostrar repugnancia del ambiente plebeyo y vinoso. En la mesa puso la gentil matrona sus codos augustos, y con ambas manos sostuvo su rostro clásico, modelado por los padres de la estatuaria. Atentos los ojos y el oído a la lectura, que era recreo inocentísimo de dos almas españolas, no vio profanación en los lectores ni en el sucio lugar que les albergaba; antes bien, dio con su presencia grave solemnidad a lo que se leía. Su laureada frente no se humilló en aquel cuadro de apariencias groseras; los bordes de su clámide recamada de elegantes grecas, resbalaban de su cuerpo soberano y caían en el suelo entre polvo, heces de vino y salivazos, sin que estas confundidas suciedades en manera alguna los manchasen (*España trágica*, XVI, 937).

Todavía no ha operado Galdós la metamorfosis de la musa griega en la humana y castiza «Mariclío» de las cuatro novelas que cierran la quinta serie. En ellas quedará caracterizada como personaje de imprecisos contornos: «comercianta de antigüedades y papeles viejos, que ha venido a menos» (*Amadeo I*, IX, 1619), mujer indiscreta, de edad indefinida y aspecto mudable, dotada de elocuencia y capaz de juzgar la época revuelta que le ha tocado vivir con dictamen inapelable. Galdós se sirve de Mariclío para enunciar una idea clave en estos últimos episodios: la de que es del pueblo de donde habrá de surgir la nueva generación de hombres aptos para protagonizar nobles acciones, pues es el pueblo quien escribe la verdadera Historia, juicio análogo al expresado por Segismundo en *España trágica*. Aun cansada de bregar con esos tiempos estragados, Mariclío intenta que su crítica sea acicate frente a la abulia que embarga el espíritu nacional; no se resigna «al tristísimo papel de una sombra vana, sin otra realidad que la de estar

pintada en los techos del Ateneo y de las academias» (Cánovas, XXVIII, 1376). Sus esfuerzos resultarán estériles y ello explica la desesperanza latente en sus últimas palabras, con las cuales don Benito pone punto final a los *Episodios nacionales*:

Alarmante es la palabra revolución. Pero si no inventáis otra menos aterradora, no tendréis más remedio que usarla los que no queráis morir de la honda caquexia que invade el cansado cuerpo de tu nación. Declaraos revolucionarios, díscolos si os parece mejor esta palabra, contumaces en la rebeldía. En la situación a que llegaréis andando los años, el ideal revolucionario, la actitud indómita si queréis, constituirán el único síntoma de vida. Siga el lenguaje de los bobos llamando paz a lo que en realidad es consunción y acabamiento... Sed constantes en la protesta, sed viriles, románticos, y mientras no vengáis a la muerte, no os ocupéis de *Mariclío*... Yo, que ya me siento demasiado clásica, me aburro..., me duermo... (Cánovas, XXVIII, 1377).

Clío se manifiesta en momentos decisivos de la historia de España, aunque presenciará también sucesos sin relieve de las «criaturas insignificantes» cuya peripecia vital se nos narra dejando que, a través de los ínfimos avatares que distinguen esas existencias privadas, perciba el lector los ecos de una historia pública que registra el sucederse de eventos de importancia capital para el país: «Y ahora interviene la Historia, que nunca olvida sus viejas mañas de amalgamar los grandes hechos de público interés con los casos triviales, que componen el tejido de la vida común» (*España trágica*, XV, 932). Como en los precedentes episodios, la historia privada se entrecruza con la pública para urdir el cañamazo de la obra. Si la historia pública, la «grande», es turbia, violenta, trágica¹⁵, la «pequeña» aparece también marcada por sus propias tragedias domésticas, de ahí que en *España trágica* predomine más que en cualquier otro episodio de la quinta serie una peculiar atmósfera de pesimismo. El año 1870, nacido «sobre los mismos hielos» que habían sido sepultura del precedente, recogía la aciaga cosecha del «escandaloso 69, año de acciones difusas y de oratoria sinfónica...» (*España trágica*, I, 883), como afirma en su diario Vicente Halconero apenas iniciada la novela, y había de concluir con el acontecimiento de la muerte de Prim, que trunca brutalmente las esperanzas de una España liberal dirigida por las clases medias. El tiempo iría confirmando que España había extraviado su rumbo innovador para sumirse en el abandono de toda expectativa de cambio. La crónica galdosiana de ese desconcertado año se tiñe a retazos de irrealidad, cuya sublimación son las ensoñaciones del excéntrico Segismundo ante el paisaje de los arrabales del sur (los terraplenes del Gasómetro) mientras pasea con Halconero:

—Convenido... pero yo te digo que las fuerzas mecánicas están ya fecundadas por la idea, ¡bendita vesícula!... Y el nuevo ser vendrá. Tú lo

¹⁵ Lo observó Montesinos, *op. cit.*, t. III, pp. 312-314.

has de ver, Vicente... Y ahora gocemos de este delicioso sitio. Sentémonos en este sillar, que nuestra imaginación, ya que no nuestras nalgas, convertirá en diván blandísimo; respiremos este polvo, y contemplemos las pintorescas basuras que por todas partes esmaltan el suelo y los edificios. Esparce tu vista a un lado y otro, y abarcarás un soberbio escenario, digno de sublimes dramas históricos. A la izquierda verás el caserío de las Peñuelas, que si humilde en la realidad, en nuestra retina se vuelve grandioso; a la derecha se destaca la hinchada cúpula de San Francisco, llamado *el Grande* porque es algo menos que chico. Bajo aquellas bóvedas y techos pasaron a mejor vida multitud de reverendos frailes en el zafarrancho que tuvimos el año 34... Vuelve los ojos a esta otra parte y verás la Fábrica de Tabacos, que alberga la comunidad de cigarreras, alegría del pueblo y espanto de la autoridad. Si miras a lo lejos, verás el lindo telón de la sierra y las enramadas que bordan las orillas del Manzanares, risueño y pobre... (*España trágica*, XXI, 955).

Como su homónimo calderoniano, Segismundo se concede el privilegio de soñar una realidad de la que es juguete. No cabe figura más genuinamente cervantina: ¿qué es sueño, qué es realidad? En la trágica España de orates del año 1870, como en la de 1605 y en la de 1909, el señorío de la fantasía pugna por imponerse a la crudeza de la Historia.

